

15 de mayo de 1964

Querido Juan Carlos:

Me alegra sobremedida retomar un diálogo contigo que empezó tal vez cuando de muchacho miraba tu cuerpito de niño con lombriz solitaria, con esa barriga inflada, premonición tal vez de que de hombre no tendrías barriga de ninguna especie. Es dura la suerte de este pitecantropo que somos todos en un planeta que como decía mi padre, se congelará un día desnudándonos en lo que somos.

Pero mientras tanto y aunque siempre mire un poco pensativo mis manos y me pregunte si seremos tan distintos de los primitos simios, supongo que nada de eso es importante y que aunque no fuéramos más que monos para nada variaría nuestra responsabilidad ni nuestra ética en aportar algo en esta marcha de la especie hacia algo mejor. El día que me muera y aparezca en el otro mundo tal como soy sin los patéticos disfraces que con humildad hay que llevar para realizar una obra de alguna significación, qué chasco se van a llevar, Juan Carlos, porque lo cierto es que soy tan distinto a mí mismo en mi ropaje de burócrata ambiguo, que creo que hasta yo mismo voy a saltar de sorpresa. En cierto sentido prefiero no adivinarme como si algún pudor me dijese que es mejor no conocerse del todo y vaya esto como mi contestación a Sócrates. Más que lo que somos importa el cómo nos portamos y tal vez eso sea en verdad lo que somos.

Como verás, me mantengo fiel a los evangelios. Por sus obras los conoceréis. Por eso son importantes las obras, las antologías, los poemas, las destrucciones y las hogueras. Porque también somos lo que destruimos y mucho temo que a nuestra generación no es poco lo que le toca destruir. Nos ha tocado vivir el nacimiento de la nueva conciencia y el crolo de la vieja, pero no de una vieja anciana y respetable sino de una vieja alcahueta y maldita, estancada y podrida que se aferra con uñas y dientes a su tontera criminal. El choque es inevitable y somos generación de choque. Tal vez por ello mi fe un tanto fanática en el hombre nuevo. Con menos de eso ya hubiera sucumbido. Ya me hubieran comido las termitas apocalípticas e insidiosas de los fariseos. Mi fe es funcional. La tengo como quien carga un fusil o una espada. No permiten las épocas andar sin armas.

Sr. Juan Carlos Martell.
Azcuénaga 1482 - 5o. "J"
Buenos Aires.